

Un acontecimiento muy nuestro

Diffícilmente podría concebirse un acontecimiento que nuestro periódico recogiese con júbilo mayor y más íntimo que el que sentimos al abrir nuestras páginas a la información que nos llega sobre los actos de Valladolid. Hay en ellos muchos aspectos que los hacen entrañablemente nuestros.

Aquella unidad de todos, los de ambos cleros, fundidos en íntima y apretada hermandad, la que siempre hemos anhelado, tuvo realidad espléndida en aquellas horas luminosísimas. Todos unidos en el fervor del homenaje, en la emocionada evocación de los que murieron, en el sentirnos obligados por su estímulo y su ejemplo. Que si ellos compartieron una muerte gloriosa y heroica, nos dejaron como encargo un trabajo, que también debemos compartir como ellos.

Un encargo... Es cierto. Sertimos en nosotros toda la urgencia y el apremio del que nos hicieron. Es terrible pensar que el puesto que ocupamos lo tuvo antes un mártir. Que la tierra que pisamos sintió, no en las lejanías inciertas de los primeros siglos, sino hace poco aún, el riego fecundo de la sangre sacerdotal derramada en abundancia. Que somos hermanos, mejor aún, hijos espirituales, de los que supieron morir valientemente soñando con generaciones sacerdotales que habrían de sucederles poniendo en el trabajo el aliento y el heroísmo que ellos pusieron en su empeño de morir por Cristo.

Los actos de Valladolid deben servir para recordarnos esto. Que no pasen como una solemnidad más, perdida en las columnas de la prensa o en nuestra propia memoria entre otras muchas sin contenido ni trascendencia, sino que nos hagan meditar mucho. Porque la pregunta gigantesca, clamorosa, impresionante, desgarradora, que salía de aquel álbum con los nombres de los muertos, ha de hacernos pensar mucho en cuál está siendo nuestra respuesta.

¿Estamos a la altura de ellos? ¿Correspondemos a su sacrificio? ¿No habremos malogrado parte del fruto que de él podía esperarse haciéndolo perderse entre humanas apetencias e insignificantes líos domésticos? ¿Para qué murieron? ¿No tienen derecho ellos, que lo dieron todo, a que nosotros lo demos también, aunque de diversa manera, como ellos?

Queden estas preguntas flotando, ofrecidas a la consideración de cada cual. A unos les parece que podemos contestar de una manera. A otros, que de otra. Pero al menos todos convendremos en una cosa: en que aquél espíritu combativo, heroico, entusiasta, vibrante, con que ellos murieron, corre el peligro de irse extinguendo en los pacíficos lances de nuestra quieta postguerra. Y que el mejor remedio para que eso no ocurra será perpetuar en nuestra vida lo que en Valladolid vimos.

Todos, absolutamente todos, de todas las diócesis, de todas las Ordenes y Congregaciones, íntimamente hermanados en el recuerdo emocionado de nuestros muertos, en torno al Corazón Divino de Jesús en uno de sus más preclaros santuarios.

INCUNABLE hará todo cuanto pueda para que así sea. Para que se perpetúe lo que pudiéramos llamar "el espíritu de Valladolid" en las gloriosas jornadas que han pasado.

INCUNABLE.

incunable

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
Núm. 20 - Abril 1950 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116

Una interesante obra de D. Laureano Pérez Mier



Pretender presentar a los lectores de INCUNABLE a don Laureano Pérez Mier sería caer en el ridículo. Su figura se ha proyectado con intensidad en el horizonte eclesiástico español. Su magnífico estudio de Derecho concordatario "Iglesia y Estado nuevo", su actuación en la cátedra de Salamanca, sus trabajos en "Revista Española de Derecho Canónico" y su actividad en la Comisión preparatoria de nuestra legislación concordataria lo hacen sobradamente conocido.

Acaba ahora de aparecer otra obra suya, de especialísimo interés: "Sistemas de dotación de la Iglesia católica". La ha editado el Instituto San Raimundo de Peñafort, de Salamanca. Para que nos hablase de ella, no en un frío sentido técnico, sino con la cordialidad que él sabe poner en su amenísima charla, hemos recurrido al mismo don Laureano. Nada más fácil. Don Laureano, como saben cuantos con él han tratado, es hombre accesible a todos. Y confirmando una vez más ha respondido a nuestras cuestiones sin remilgos ni tonterías.

—¿Cómo se te ocurrió el libro?

—Quien haya leído las páginas que en "Iglesia y Estado nuevo" se dedicaban hace diez años al régimen patrimonial de la Iglesia en España sabe que no es de hoy mi preocupación por este problema.

La idea del libro surgió de una conversación entre un alto dignatario eclesiástico y un gran economista y católico de acción al mismo tiempo, a la cual asistía yo. Tratábamos de convencerle para que poniendo su autoridad y su ciencia al servicio de la Jerarquía hiciera un estudio sobre los sistemas en uso en el mundo para la dotación de la Iglesia, proponiendo a la vez, en líneas generales, un plan de reforma para España, cuando replicó él: "El libro quien tiene que hacerlo es usted, y hay que hacerlo en Roma; pero debe ser un libro puramente objetivo, de información, con datos ciertos y seguros, que no admitan rectificación." Sucedióme, pues, lo del alguacil alguacilado.

—¿Dificultades?

—Las naturales en una materia inexplorada; las dificultades para orientar el trabajo al principio, el paso de los días sin avanzar la labor y sin ver claro fueron causa de algunos malos ratos; pero pronto fué haciéndose la luz y esclareciéndose los caminos.

La información oral y directa de

personas competente y doctas en busca de informes concretos y un poco amplios sobre los sistemas que se practicaban en sus respectivos países de origen no respondió a las esperanzas que yo había puesto en semejante fuente informativa, sin que por eso fueran del todo despreciables los resultados.

Según creo, bastantes años ha hubo el pensamiento de reunir informes sobre la situación patrimonial de la Iglesia en las distintas naciones; pero luego, por muy sólidos y graves motivos, se abandonó el propósito. Semejante hecho impulsó definitivamente mi trabajo hacia el sistema de dotación; es decir, que desde un principio orienté la investigación no hacia la cuantía de las dotaciones, sino hacia el modo, la forma; en una palabra, el sistema.

—¿Anécdotas?

—Dada la vida de estudio y de retiro que debía hacer en Roma, apenas si recuerdo nada que merezca ese nombre. Pocos días antes después de mi llegada nos dispusimos otro compatriota y yo a celebrar la festividad del Corpus en consonancia con la religiosidad española. Para ello hicimos el viaje a Orvieto (mitad Avila, mitad Toledo) con una gran procesión en la cual salen los corporales de la sangre. Los 125 kilómetros de recorrido los cubrimos en un "directísimo" en hora y tres cuartos. Asistimos a la procesión—muy devota y solemne—, visitamos la ciudad, con sus monumentos; bajamos al famoso pozo de San Patricio, con sus setenta y tantos metros de profundidad, descendiendo por la gran escalera, en la que los que bajan se cruzan con los que suben sin encontrarse, y cuando al atardecer y cansados del ajeteo subimos al tren de regreso, nos encontramos de pie en unos vagones de "bestiame", llegando a Roma, con dos horas de retraso, a las once de la noche. Los buenos religiosos de Villa San Francesco—unos simpáticos alemanes—se habían retirado ya, dejándonos la cena; pero el lego del comedor—muy alemán ello—cerró puntualmente la puerta del mismo, y, claro, nos fuimos a la cama sin cenar. Bueno; yo tomé una naranja, que era todo cuanto tenía en mi habitación.

—¿Conclusiones?

—Las conclusiones merecen, creo yo, un libro nuevo, el cual, si Dios me da vida y salud, espero que no tarde... diez años en salir.

—¿Una impresión, al menos?

—Estarás de acuerdo conmigo en que una de las cosas más finas y agudas que se dijeron en la Semana de Derecho Canónico en Comillas fué la de "que nadie en adelante espere ni aspire a vivir de rentas o de intereses de capital", a propósito del "ius percipiendi redditus ex dote" del canon 1.409. Supongo, igualmente, que te habrán impresionado las tremendas palabras de Girón en Mieres: "Se ha dicho que el trabajador no se satisface con cosas materiales solamente, sino que también quiere el Poder. ¡Toma! Pues claro. ¿Quién sería capaz de negar, en nombre de la doctrina de Cristo, el derecho al deseo de poder del trabajador? ¿Quién sería capaz de negar legi-

Glosando a Dom Bosco

Por Juan Pedro MAGUNAGOICOEHEA

Turín es una ciudad fina. Posee curiosidades de arte y monumentos maravillosos. Pero en Turín hay algo más grande que todo eso, existe una obra o un espíritu que le hace más grandioso. Es nada menos que la casa donde vive Dom Bosco, amparada por María Auxiliadora y animada hoy por los salesianos. Ellos guardan el alma de Dom Bosco y la promesa de bendición de la Virgen. ¿El alma de Dom Bosco? ¡Sí! El evangelio de su corazón, que fué idéntico al de Aquel que dijo en Galilea: "Dejad que los niños se acerquen a Mí."

DOM BOSCO Y SU ARTE EDUCATIVO

Tal vez me atreva decir en esta glosa lo más entrañable que aprendí en Dom Bosco para que muchos se animen a imitarlo, si es que desean ser dueños del mundo infantil. Quiero indicar la sencilla grandeza de su obra, la causa de sus triunfos como orientador de jóvenes, o si queréis más claro, de los típicos *bechi*, rapazuelos del hampa, tunantes de los barrios de Turín. Todo se debió a Mamá Margarita y a María Auxiliadora. Claro es que ya en su adolescencia se había granjeado muchos puntos de prestigio cuando actuó de saltimbanqui y comediente ante los chicos; pero el secreto de ese otro triunfo en las almas lo debía íntegro al corazón de las dos madres. Es así como Dom Bosco fué el pedagogo de la armonía e integridad en la educación de la juventud. Sin poseer sistema—frecuentemente lo reconoció—, llegó con su arte divino y humano a modelar una perfecta pedagogía cristiana. Ahí es-

timidad a cuantos actos y a cuantas aspiraciones tiendan licitamente a obtenerlo?"

Yo no sé cuándo ni cómo sucederá eso: si dentro de un decenio, si antes o después; pero lo que sí digo es que el día en que junto al servicio militar, declarado por el Fuero "título de honor para los españoles", y junto a la participación de los trabajadores en el Poder, tenga lugar la incorporación directa y general de todos los trabajadores a las cargas e impuestos de la nación, bien directamente o a través de los órganos sindicales, por un impuesto de cuota o mediante un impuesto de cupo—carga ciertamente pesada, pero tan gran honor como carga, ya que el honor duradero envuelve siempre un *onus*—, ese día, digo, se habrá realizado un fenómeno social de mayor trascendencia que lo fué en la Edad Media la entrada del estado llano en las Cortes.

—¿Qué de reflexiones no caben entre los dos hechos apuntados?

—Y no crees tú que es de cara a esas realidades que el tiempo traerá ineluctablemente como hay que enfocar no sólo la reorganización del patrimonio de la Iglesia, sino el tono todo del apostolado?

Así termina nuestra entrevista. Don Laureano se vuelve otra vez a sus libros y a sus cosas. Y nosotros quedamos deseándole de corazón que cuanto antes complete la labor emprendida.

L. DE E.

tá su gloria: el haber sido el maestro por excelencia de la armonía e integridad en la educación.

Su obra consistió en hacer revivir sobre una pedagogía manca—que sólo atendía al cultivo de la inteligencia y de la sensibilidad—el injerto maravilloso del amor cristiano con vestidos sencillos, pero ricos. A la solidez de las grandes verdades unió de tal suerte la flexibilidad de las formas nuevas y la elegancia de lo atractivo, que sería difícil encontrar un competidor en el arte. Supo hacerse todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo. Ahuyentó tanto el rigorismo que imperaba en la escuela como la libertad callejera que aman los niños para conjugarlos con mano maestra en un vértice suave. Asumió del viejo tronco del Evangelio la táctica del sistema preventivo, que lo encarnó en su vida y en sus escritos. Suprimió un error muy en boga en su tiempo: la falta de integridad en la educación entre las fuerzas físicas intelectuales y morales. Desterró el divorcio que mediaba entre la inteligencia y el corazón para unir ambas fuerzas en una. Decía él: "Con frecuencia hay educadores que sólo atienden al des-



arrollo de la inteligencia y de la sensibilidad de los alumnos y relegan al olvido la facultad soberana, la Voluntad. Se necesita modelar la voluntad del niño, enseñarle que su corazón debe amar el bien, que no es lo placentero, sino lo que agrada a Dios y odia el mal, aunque sea atrayente. El corazón, en efecto, es la llave del mundo. Formarlo equivale a conquistar las almas para la sublime grandeza de los ideales divinos."

He aquí un modelo auténtico para nuestra vida. Hoy, que más que nunca hacen falta forjadores de almas y cuerpos (no es un dicharacho de moda), tenemos en Dom Bosco un santo que, siendo celeste, anda metido en los problemas de los hombres. En Dom Bosco se junta ese lema del Evangelio: "Lux mundi, lux hominum". Repasa la vida de Dom Bosco y verás cómo logró hacer de los vagabundos de las calles y de los aprendices de albañil y herrero unos santos. Dos flores que entre tantas se abrieron en el jardín de Dom Bosco fueron Domingo Savio, el de la inocencia conservada, y Miguel Malcone, el de la inocencia recobrada. Ser orientadores a lo Bosco, saber unir la piedad del altar con el barullo de las diversiones.

(Continúa en la página 2.)